

Dibujos animados, realidad imaginada

Director de la colección de autores portugueses:
Antonio Sáez Delgado

José de Almada Negreiros

Dibujos animados, realidad imaginada

TRADUCCIÓN DE ELOISA ÁLVAREZ

PREFACIO DE ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

POSFACIO DE FERNANDO CABRAL MARTINS



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *Desenhos animados realidade imaginada*

Dibujos animados, realidad imaginada
José de Almada Negreiros

Primera edición: abril de 2017

© de la traducción, Eloisa Álvarez, 2016

© de los textos, los autores.

© de las ilustraciones Guillermo Alonso (pág.:40) y
José de Almada Negreiros (cubierta).

© de la edición, Editorial La Umbría y la Solana, 2017

c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent y Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

Cubierta: facsímil de Almada Negreiros

ISBN: 978-84-946988-2-8

Depósito legal: ...

Impresión: Namac Comunicación

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Un recuerdo del futuro	
Enrique Andrés Ruiz	9
Dibujos animados, realidad imaginada	
José de Almada Negreiros	21
El dibujo	
José de Almada Negreiros	41
El arte es sólo uno	
Fernando Cabral Martins	57

Un recuerdo del futuro

Enrique Andrés Ruiz

Cada cual guarda sus recuerdos, como es natural, situándolos en el pasado, aunque al hacerlo sustituya las emociones que llevaron asociadas los hechos, con la actual melancolía de las cosas idas, en una especie de acuerdo *in extremis* alcanzado entre la cierta fidelidad que la verdad reclama y la incesante reelaboración que parece exigirnos la vida activa.

Pero lo que de verdad se ha perdido cuando accionamos esta mecánica retroactiva, lo que da algo más de seriedad al asunto —pese a la especie de gozo mediano, tibio, la dulce tristeza que obtenemos— es que ese pasado imaginístico en el que ahora nos complacemos, ha derogado y terminado por suplantar a algo que, sin embargo, pudo tener en su día un signo del todo contrario, pues que seguramente se trataba de ideas, acontecimientos u objetos con marcada vocación de futuro, que se orientaban a un horizonte todavía por allanar y descubrir, lanzados como estaban hacia adelante por un movimiento de afirmación positiva.

Recordemos en un momento, quienes fuimos sujetos de aquellas emociones, los muchísimos ratos pasados contemplando, de niños, en estado de concentración hipnótica, las tiradas vespertinas de di-

bujos animados que, en sucesión de episodios, emitía hace cuarenta años la televisión. La cuenta de aquellos personajes sería muy larga y su enumeración es mejor ahorrársela, aunque sólo sea porque quizá expanda enseguida el desagradable y nocivo veneno de las evocaciones que se dicen «generacionales». A grandes rasgos y por resumir mucho, basta decir que estaban los personajes malones de Hannah Barbera y, luego, los mucho más educados y confortables de Walt Disney; los primeros fueron siempre productos para la televisión y los segundos habían ganado, desde la mitad de los años treinta, su prestigio en el cine. Luego llegó la Pantera Rosa y algunas otras invenciones más, pero eso fue algo más tarde. En el origen del recuerdo, aún nos consta que cuando aparecía en la pantalla —muchas veces sin haber sido programada previamente— el castillo fantástico coronado por los fuegos artificiales de la emisión que en España se llamaba *Disneylandia*, la hipnosis era instantánea. De episodio a episodio, rezábamos a toda prisa para que la plegaria hiciera su efecto antes de comprobar definitivamente que la historieta concluida iba a ser seguida, o no, de otra siguiente; y así hubiéramos permanecido hasta el final del día, hasta el final de los tiempos.

Todo esto que recordamos, quiero decir, no es que no fuera cierto, sino que es el resultado de una especie de torsión tal que, ejercida sobre la dirección original del tiempo, nos hace mirar ahora hacia atrás, regresivamente, apuntando a nuestra particular historia perdida, sobre unos objetos imaginarios que en su día y en la historia colectiva iban cargados de significados por el contrario progresivos, futurísticos, o sea, de sentido y dirección inversos a los que les adscribimos hoy, cuando nos abandonamos en la medecora solitaria.

Porque los dibujos animados —los *cartoons*, como se llamaban en Estados Unidos, su patria efectiva de origen— fueron hacia los años veinte y, sobre todo, treinta del siglo pasado, cosa verdaderamente de vanguardia, esto es, cosa de la imaginación del futuro y del mundo nuevo y el hombre nuevo —«Hombre» escribe por eso Almada, con la mayúscula eminente de las figuras simbólicas— que la vanguardia artística (y económica, moral y política) estaba dispuesta a idear y luego a implantar —muchas veces *a fortiori*, para catástrofe mayor— como remate definitivo y benéfico de la condición humana. José de Almada Negreiros (1893-1970) fue muy amigo de los dibujos animados y fue, no en balde, el artista portu-

gués de vanguardia más con más, el arquetipo cuajado de *homo vanguardista lusitanensis*. Pero antes de hacer mención de su personalidad, interesantísima, todavía podríamos hacer recuerdo de otros autores, artistas o escritores o poetas para quienes los dibujos animados —sin duda objeto de época— fueron, en efecto, algo.

Así a bote pronto, recuerdo que el propio director Sergei Eisenstein —así pues, la vanguardia cinematográfica en su dechado ejemplar— consideró que los dibujos animados eran (en concreto las criaturas *disneyanas*) «la mejor contribución de Estados Unidos a la cultura». Y no hay que ver en ello ningún reproche ni, mucho menos, un desprecio; Eisenstein hablaba entonces tan en serio como Lenin, para quien en efecto el cine, en general, habría de ser el colmo, el fruto cultural logrado de la nueva humanidad, resultado en suma de concitar a un autor colectivo y anónimo, una producción colectiva y anónima, y un público unitario, igualmente colectivo y sin nombre; eso, más menos, pensaba Lenin, y los dibujos animados iban a significar esas condiciones de la nueva cultura en una realización sin tacha. Una vez —otro recuerdo repentino— creo que la casualidad quiso sentar juntos a Borges y a Federico García

Lorca, en Buenos Aires, con ocasión de un banquete creo que en alguna casa de las hermanas Ocampo. Y Lorca, en plena euforia teatral y vanguardista (y también en pleno ejercicio de su exitosa simpatía), preguntó a un serio Borges por sus ocupaciones de esos días, y éste le informó de su interés por la literatura norteamericana y de sus estudios en marcha por ese campo; entonces el poeta andaluz —como «un andaluz profesional» lo definiría Borges tiempo después, no sé si en recuerdo de aquel encuentro—, como haciendo un acertijo, planteó al argentino si conocía cuál era el autor norteamericano más determinante, no sólo de aquel momento sino de toda la historia del joven país. Borges propuso muchos, ya los suponemos, y todos negados por Lorca sucesivamente: Poe, Hawthorne, Longfellow, Melville... Los nombres de primeros espadas se le iban agotando; ¡Whitman...! —el interpelado quemó el último cartucho— y se dio por vencido; fue entonces cuando el poeta español irrumpió en una gran carcajada a la vez que anunciaba a Borges y al mundo que el mayor logro de la cultura norteamericana, el que verdaderamente representaba la novedad del tiempo nuevo y el giro de la historia, era... «¡¡¡el ratón Mickey!!!»